

## EVARISTO ARAIZA

*En mis Forjadores de la Revolución Mexicana se me colaron dos hombres que todavía alientan: Samuel Ruiz Cabañas y Roberto V. Pesqueira. En esta vez se me metieron otros dos: Aurelio Manrique jr. y Evaristo Araiza. No me arrepiento de que haya sucedido así; al contrario, me felicito.*

*Tengo un concepto tan elevado de mi paisano Evaristo Araiza que por más que lo elogiara yo no podría demostrar lo mucho que vale. A pesar de que casi toda su vida la ha pasado en el Valle de México, suspira por Sonora y sueña con volver a su vieja casona de El Altar. Es el caso del hombre fiel al terruño y a sus tradiciones.*

Cuando en el estado de Veracruz comenzaron a ponerse en práctica las disposiciones revolucionarias derivadas de la Constitución de 1917, el pánico se apoderó de los enemigos abiertos y emboscados, y se tuvo por demasiado radicales y extremistas a los gobiernos que se atrevieron a cambiar las leyes y reglamentos que regían la vida de las instituciones políticas del país. Tuvieron que hacer gran acopio de resolución y de energías el coronel Tejeda y el general Jara, para lograr el respeto y acatamiento de sus acuerdos, encaminados a proteger y vigorizar a las organizaciones obreras y campesinas del Estado, que habían surgido decididas a defender sus derechos gremiales. Eran los días en que Herón Proal, al agrupar a los inquilinos del puerto de Veracruz, indignados por el alza inmoderada de las rentas de las casas, puso a temblar a los propietarios con una huelga *sui generis*: no pagarían los alquileres hasta que los bajaran a un nivel aceptable. En esa época los campesinos se agruparon en el seno de una poderosa Liga de Comunidades Agrarias, que fue tenazmente dirigida y defendida por un líder de fuerte personalidad: Ursulo Galván. Los obreros de la zona textil de Orizaba, descendientes de los huelguistas de 1907, reclamaron la firma

de mejores contratos colectivos, en los que se aumentarían las prestaciones a los trabajadores sindicalizados.

En aquel momento de agitación y de amenazas, en que los patronos de las fábricas no hallaban la forma de entenderse con sus obreros ni con las autoridades, hubo un hombre que pudo resistir la tormenta y encontrar el modo franco de salvar los intereses que tenía a su cargo y para hacerse querer y respetar por sus trabajadores: Evaristo Araiza, director de la fábrica de hilados y tejidos de Santa Rosa. Pasaron muchos años y, al recordar los sucesos de los días turbulentos, el general Jara me decía:

—Si todos los patronos hubiesen sido inteligentes, comprensivos y humanos como el ingeniero Araiza, todo se habría arreglado sin ninguna dificultad. Durante su gestión Araiza jamás tuvo una huelga ni emplazamiento siquiera.

Cuando estuve al frente del Departamento de Trabajo, se me presentaron obstáculos y molestias en mi trato con la mayoría de los patronos y algunos de los líderes que iban a exponer sus conflictos. Sin embargo, recuerdo con agrado la caballerosidad y correcta actitud con que acudieron a mi despacho el ingeniero Evaristo Araiza y los abogados Max Camino y Fernández Landero. Con ellos nunca tuve dificultades y pude arreglar cuestiones complicadas de trabajo, evitando las huelgas.

\*  
\* \*

Mi simpatía por Evaristo Araiza viene de muy lejanos tiempos. No recuerdo ya cuándo lo vi por primera vez. Fue de los pocos estudiantes sonorenses que vinieron a seguir su carrera en México, a principios del siglo, en una época en que hacer el viaje desde Sonora a la capital era una hazaña. El recorrido se hacía por ferrocarril, con muchas escalas: Nogales, Benson-Arizona, El Paso-Texas, Ciudad Juárez y todo el Ferrocarril Central durante 48 horas. Con los dedos podían contarse los estudiantes sonorenses compañeros de Araiza: Ricardo Caturegli, Arturo H. Orcí, Joaquín Bustamante, Julián Morineau, Manuel J. Morales, Adolfo de la Huerta, Eugenio y Roberto V. Pesqueira.

Evaristo Araiza nació en El Altar, pequeña población situada cerca del desierto de su nombre. A pesar de su río, El Altar es un lugar de escasa vegetación, en que sólo prosperan los mezquites, las palmas datileras y los “órganos”. Estos “órganos” son pitahayas

gigantescas, de formas caprichosas, que a veces se presentan como figuras humanas, de largos brazos extendidos que parecen implorar al cielo agua para no morir.

El ex distrito de Altar, donde nació Evaristo, es tierra triguera. Su trigo se distingue porque es muy resistente a las plagas. Tiene buen mercado. La gente de Altar conserva costumbres ancestrales: es atenta, un poco ceremoniosa y muy dada a respetar ciertas fórmulas de convivencia. La familia Araiza es de las más antiguas del pueblo y el padre de Evaristo fue un verdadero patriarca. Don Evaristo, un respetable y agraciado anciano, tenía una barba luenta y blanca; alcanzó a vivir muy cerca de los cien años. Murió a los noventa y nueve.

Recién recibido de ingeniero civil, entre los primeros trabajos que realizó Evaristo Araiza, fue un canal, construido en la hacienda de Santo Domingo, en Chiapas. Su obra sirve todavía para regar el café en las faldas del Tacaná, cerca de la frontera con Guatemala.

\*  
\* \*

Encontré a Evaristo Araiza en Europa, la primera vez que crucé el Atlántico. Nos saludamos en París, ciudad que él conocía bien, por lo cual me ayudó a orientarme. Hombre de vasta cultura y de inquietudes intelectuales, Araiza me hizo conocer algunos rincones de la Ciudad Luz, en que yo no había reparado. Buen *gourmet*, me dio una lista de los restaurantes en que se podían encontrar los mejores platillos franceses: la rosticería del Cardenal, el figón de La Reina Patoja y el restaurante del “Vieux Colombier”, junto a la plaza de San Sulpicio, donde se comía una *bullabesa* como en Marsella. Nos proporcionó guías para visitar los museos famosos y noticias sobre los grandes conciertos que en aquella temporada se daban en París. A mi inolvidable esposa y a mí nos era muy grata la compañía del matrimonio Araiza. En todas partes se presentaba Evaristo con su dulce compañera, Natalia, a quien placía darnos el tratamiento de “paisanos”, porque se sentía tan sonorense como su marido. (En la actualidad mi paisano Araiza y yo sufrimos el mismo dolor, nos tortura una pena semejante.)

Como Araiza hizo sus estudios profesionales en tiempos de los libros de texto en francés, se familiarizó con el idioma de Balzac y conocía a fondo la Historia y la literatura de la nación gala. No solamente en París estaba como en su casa; también le entusiasmaba

Lyon, por sus industrias prósperas y porque allí había encontrado que preparaban el guisado de gallina mejor del mundo. Había recorrido los castillos del Loire y se detuvo en las viejas ciudades de la Provence, como Nimes y Carcassone. Conversador admirable y erudito sin presunciones, Evaristo Araiza interesaba lo mismo cuando discutía cuestiones científicas o técnicas que cuando abordaba temas literarios, históricos o artísticos. Es decir, era un hombre dotado de todos los recursos culturales, para asimilar como pocos la vida íntima de Francia, en sus grandes épocas de gloria o infortunio.

\*  
\* \*

Y este Evaristo Araiza, tan enterado del mundo moderno, tiene prendido en lo íntimo el recuerdo permanente de la tierra nativa. Como buen altareño, no dice que su pueblo se llame Altar, sino El Altar. Se place en recordar a sus gentes, familiares y amigos, que siguen allá en el pueblito, indiferentes al progreso universal, a los adelantos de la civilización y a las transformaciones sociales que con tanta celeridad cambian el curso de la vida. Allá se preocupan más por la vaca y su ternera, porque no caigan el chahuixtle sobre el trigo ni el picudo al algodón, y siguen en las esquinas, en cuclillas, ante la “lumbrada” que encendieron para protegerse del frío, pintando con los dedos y en el suelo los fierros con que hierran sus animales los amigos rancheros o los caporales del compadre, que acaba de cercar su rancho. Lo demás importa poco. Cuando va a visitarlos Evaristo, en el mes de abril, porque no hace ya tanto frío, o en octubre, porque pasó ya el calor, lo miran con indiferencia y con la mayor naturalidad le preguntan:

—¿Qué tal, Evaristo? ¿Sigues sin enfadarte en la capital? ¿No has pensado volverte definitivamente a tu tierra?

\*  
\* \*

Y Evaristo Araiza, medularmente un sonorenses, sufre la nostalgia del terruño. Todo lo de Sonora le llega al corazón: sus hombres rudos, enteros y decididos; sus campos yermos, en que sólo prospera la *gobernadora*; sus mezquites y el palo fierro, que mella las hachas, por su peso se hunde en el mar y convertido en brasa puede calentar toda la noche; los ríos que convierten en grandes oasis los

valles prolíficos dedicados a la agricultura; sus ganados, que enriquecen a los dueños aunque los abandonen; sus productos marinos, en que sobresalen los ostiones del Yaqui, la cabrilla de Guaymas y la totoaba de Bahía Kino y de Tastiota.

Evaristo es un hombre alto, bien plantado, de maneras suaves y, aunque entrado en años, vive tan optimista como un joven. Es modesto y afable, dispuesto siempre a estimular a los estudiantes, gusta de colaborar en obras de beneficio social. Desempeña el cargo de director general de una de las industrias nacionales de mayor importancia y ha sido o es presidente o consejero de muchas empresas e instituciones financieras. Sobre todos los honores que tiene recibidos y los cargos que ha desempeñado, prevalece en él un dejo de orgullo que lo hace exclamar con énfasis: *soy sonorenses y de El Altar.*